

Sin embargo, se abre un nuevo ciclo vital en las vidas de esos individuos en el cual no podremos adentrarnos, tan sólo intuir que seguirá imperando en él la misma angustia, la misma soledad, la misma incertidumbre y confusión que se percibían al comienzo de la narración. Ese malestar generalizado, ese desasosiego que agrieta toda la superficie narrativa queda tan exactamente percibido y tan sutilmente inscrito en el texto, tanto en los temas que aborda como en el estilo, que es acaso lo más admirable de esta brillante novela con la que Alejandro Gándara ha confirmado una vez más su madurez y maestría literarias.

Universitat de Barcelona

CARMEN GONZÁLEZ

Luis Mateo Díez. *El paraíso de los mortales*. Madrid, Alfaguara, 1998, 301 pp.

Hay novelistas que poseen un mundo propio y particular al que les es difícil sustraerse y que se esfuerza por aflorar en todas y cada una de sus obras. Es el caso, por ejemplo, de Juan Marsé, cuyos mejores textos suelen marcarse en el ámbito de sus recuerdos de infancia y juventud en un barrio maltratado por la guerra. Algo parecido sucede con Luis Mateo Díez. Ni que decir tiene que para los admiradores de ambos autores, cada nueva novela es una gozosa vuelta de tuerca que arroja matices inéditos sobre ese particular universo.

Con *El paraíso de los mortales*, Luis Mateo Díez regresa al paisaje de sus novelas más importantes, que parecía haber soslayado después del esfuerzo de la monumental *Camino de perdición*. Cuando ésta apareció en 1995 su autor declaró en alguna entrevista que con ella se cerraba la trilogía de los derrotados que habían protagonizado las páginas de *La fuente de la edad* (1986), *El expediente del naufrago* (1992) y la, por entonces, última de sus novelas. La aparición después de *El espíritu del páramo* (1996) y de *La mirada del alma* (1997) parecía confirmarlo. Pero con *El paraíso de los mortales* Luis Mateo Díez regresa a aquel mundo de seres marginales en una ciudad de provincias y en un tiempo inconcreto; vuelve a plantearnos la búsqueda, el desvelamiento, la pérdida de la inocencia como tema central. Y sus seguidores incondicionales se lo agradecemos.

Hay, sin embargo, en esta última novela del escritor leonés un tema presente ya en la anterior: la reflexión acerca de la muerte. Un joven adolescente, Belarmino Mera, que ha suspendido más asignaturas de las que su rígido padre puede tolerar, se ve obligado a pasar el mes de agosto solo en la ciudad preparando los exámenes de septiembre. Cierta día, una llamada telefónica le anuncia la muerte de un hermano de su padre del que ni siquiera tenía noticia, y esa circunstancia le va a poner en conocimiento con un grupo de peculiares personajes que le cuentan as-

pectos de la vida de la oveja negra de la familia, su tío Fabio, y que parecen empeñados en ocultar el cadáver de las demandas de cierto macabro doctor. Como sucedía en *El expediente del naufrago*, Mino Mera traspasa la frontera que marca la vía del ferrocarril para descubrir la existencia de su tío como jugador, juerguista y vividor, y conocer a sus amigos, habitantes de ese submundo tierno y dolorido: el mutilado Aníbal Meroy, el mago Oscis, la beata Edesma, Eterna, dueña de la pensión —La Eternidad— donde Fabio ha vivido sus últimos años, y el terrible Delerio Belisco, una suerte de grotesco Frankenstein obsesionado por los secretos de la vida, en quien Luis Mateo Díez parece representar las aberraciones cometidas en nombre de la ciencia —tan a la orden del día en estos tiempos de manipulaciones genéticas—, y que tiene su antecedente en Pollastrón, la deforme quimera de *El expediente del naufrago*. Como en las novelas anteriores, Mino se va a convertir en heredero de una leyenda y una historia, de una vida y de un camino que contribuyen a su formación, a la pérdida de su adolescencia.

La búsqueda de la verdad, de un conocimiento que está más allá de lo reglamentado —de lo «políticamente correcto», diríamos hoy— mueve también al protagonista de la última novela de Luis Mateo Díez. Aunque se diría que su pesimismo se ha ido acentuando con los años, pues dicha búsqueda parece situarse cada vez más cerca de la muerte. En *La fuente de la edad* el desenlace se desarrollaba en el ámbito de una ambigua escatología; en *El expediente del naufrago*, el protagonista hallaba a Saelices imposibilitado y próximo a su fin; y en *Camino de perdición*, Sebastián Odollo llegará en su viaje hasta el borde mismo de la muerte para jugarse la vida a la ruleta rusa. En *El paraíso de los mortales*, Fabio ha traspasado ya esa frontera. Sin embargo, la experiencia de la muerte contiene, como suele ser común en la obra del autor, un alegato a la vida, a «esa precaria felicidad que se consume en los instantes», que tiene su momento cumbre en la noche del funeral, con la visión turbadora de las tres Melchoras en el río y la juerga en el Edén, ese paraíso de los mortales donde Fabio pasó muchas noches de su vida y donde, al parecer, ha sido enterrado. El giro sorpresivo que al final, tras una elipsis de veinte años, toma el relato incide y también en ese sentido, como reza la medalla romana que Fabio tanto apreciaba: *Flumen corporis, mare animae*.

En lo demás, continua vigente la portentosa imaginación de Luis Mateo Díez a la hora de crear personajes extraños e inquietantes, dotados todos ellos de una particular filosofía vital, alejados de cualquier decoro, infracción de las normas realistas que no desentona con el tono vagamente onírico que adopta toda la novela. La estructura de la misma, construida a partir de capítulos breves que se encadenan para dar cuenta con relativa minuciosidad, de los tres días escasos que transcurren, presenta una gran precisión: no hay en *El paraíso de los mortales* la abundancia de historias intercaladas —aunque cada personaje es, de

por sí, una historia intercalada— que si bien mantenían un perfecto equilibrio en *La fuente de la edad* y en *El expediente del naufrago*, las traban un tanto el decurso en *Camino de perdición*. Como ya es habitual en el escritor leonés, el humor aparece sabiamente mezclado con la reflexión y esa cierta amargura que deja en la boca el paso del tiempo. Rasgos todos ellos que inciden en algo ya sabido: que Luis Mateo Díez es uno de los mejores contadores de historias de la novelística española actual, además uno de sus prosistas más brillantes.

Universitat Autònoma de Barcelona

JUAN RODRÍGUEZ

Carmen Martín Gaité. *Irse de casa*. Barcelona, Anagrama, 1998, 399 pp.

A mediados de agosto, «a tres años del dos mil» (p. 45), Amparo Drake, rica modista residente en Nueva York, decide irse a visitar la ciudad española donde nació y que había abandonado cuarenta años atrás: necesita, según escribe, «una bocanada de olvido» (22). Durante esa breve estancia en la ciudad natal, pretende «ver sin ser vista» (188), lo que no es difícil para ella tras una ausencia tan larga. Ha resuelto, pues, irse de casa, y en el lugar de llegada encuentra más desconocidos que conocidos.

Entre los desconocidos con los que la visitante se cruza, figura Manuela Roca, divorciada del doctor Agustín Sánchez y que perecerá en accidente de automóvil. De Manuela es sobrina Valeria Roca, «una de las primeras chicas de su generación que se largó de casa a los diecisiete años, determinada a no volver a pedirle un duro a su familia, porque no los aguantaba» (98).

Otros jóvenes conflictivos, de vaqueros rotos y camiseta estampada, «querían tener un puesto fijo de trabajo, para poder irse de casa» (221). Y la pálida y rapada Alicia confía al doctor Sánchez: «Yo necesito irme, Agustín. ¿Por qué no me llevas a vivir contigo? Me hace falta vivir con alguien que me dé seguridad en mí misma» (225). Pero a Agustín, que se aloja en casa de una hermana desde su divorcio de Manuela, le apremia dejar ese domicilio provisional y acogerse a la hospitalidad de su amiga Olimpia: «yo esta noche a casa no vuelvo, tengo que irme de casa» (276). No es extraño que Olimpia —entregada al sueño y a la lectura declamatoria en su intemporal palacio— grite por el teléfono a otra joven: «—¡Chica, qué manía tenéis todos con iros de casa!» (316).

«Irse de casa» (título de esta novela última de Carmen Martín Gaité comparable más a sus penúltimas que a sus primeras, aunque también recuerde —por el ámbito provincial y por este afán de salir— a la primera de todas: *Entre visillos*) enuncia un infinitivo —casi imperativo— de independencia o desprendimiento. Para la protagonista tiene otras implicaciones. De niña, Amparo había jugado a derribar tabiques e irse de casa en busca de aire. Mucho tiempo después, su hijo —Jeremy— le con-